

**ESCRIBIR HISTORIA EN TIEMPOS DE REVOLUCIÓN.
POLÍTICA E HISTORIOGRAFÍA EN LA *MEMORIA HISTÓRICA*
SOBRE LA REVOLUCIÓN DE CHILE, DE FRAY MELCHOR
MARTÍNEZ (1815-1818)**

GABRIEL PATRICIO CID RODRÍGUEZ



RESUMEN

El artículo estudia la obra de Melchor Martínez, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile* compuesta por encargo del rey Fernando VII en 1815. Desde la perspectiva de la historia de la historiografía, el análisis aborda el contexto político de producción de la obra, los debates metodológicos en su confección y las hipótesis explicativas que orientaron la narración del autor. El artículo examina cómo esta obra muestra los dilemas epistemológicos de escribir la historia de la revolución en tiempo presente y la politización de la historiografía en la época de las independencias hispanoamericanas.

PALABRAS CLAVE: Melchor Martínez, Historiografía Chilena, Historia de las Independencias hispanoamericanas, Monarquismo, Absolutismo



Gabriel Patricio Cid Rodríguez • Instituto de Historia
Universidad San Sebastián
Correo electrónico: gabriel.cid@uss.cl
Tzintzun. Revista de Estudios Históricos • 83 (enero-junio 2026)
ISSN-e: 2007-963X

**WRITING HISTORY IN TIMES OF REVOLUTION.
POLITICS AND HISTORIOGRAPHY IN FRAY MELCHOR MARTÍNEZ'S
MEMORIA HISTÓRICA SOBRE LA REVOLUCIÓN DE CHILE (1815-1818)**

ABSTRACT

The article examines the work of Melchor Martínez, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, which was composed at the king's order in 1815 (Ferdinand VII). From the perspective of the history of historiography, the analysis examines the political context of the work's production, the methodological debates that informed its preparation, and the explanatory hypotheses that guided the author's narrative. The article examines how this work highlights the epistemological dilemmas of writing the history of the revolution in the present day and the politicization of historiography during the Spanish-American independence era.

KEYWORDS: Melchor Martínez, Chilean Historiography, History of Spanish American Independence, Monarchism, Absolutism.

**ÉCRIRE L'HISTOIRE EN TEMPS DE RÉVOLUTION.
POLITIQUE ET HISTORIOGRAPHIE DANS LA *MEMORIA HISTÓRICA SOBRE
LA REVOLUCIÓN DE CHILE* PAR FRAY MELCHOR MARTÍNEZ
(1815-1818)**

RÉSUMÉ

Cet article étudie l'œuvre de Melchor Martínez, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, commandée par le roi Ferdinand VII en 1815. Dans une perspective d'histoire de l'historiographie, l'analyse aborde le contexte politique dans lequel l'œuvre a été produite, les débats méthodologiques qui ont présidé à son élaboration et les hypothèses explicatives qui ont guidé le récit de l'auteur. L'article examine comment cette œuvre met en lumière les dilemmes épistémologiques de l'écriture de l'histoire révolutionnaire au présent et la politisation de l'historiographie à l'époque des indépendances hispano-américaines.

MOTS-CLÉS: Melchor Martínez, historiographie chilienne, histoire des indépendances hispano-américaines, monarchisme, absolutisme

HISTORIA, VERDAD Y REVOLUCIÓN EN TIEMPOS DE LA INDEPENDENCIA



En marzo de 1814 Fernando VII comenzaba su retorno a España después del largo cautiverio en Valençay, experiencia que había contribuido decisivamente a la mitificación de su imagen.¹ La derrota napoleónica y el reflujo legitimista en Europa incidieron decisivamente en el modo con el que el rey español quiso restablecer el orden absolutista en sus dominios, esforzándose por superar la experiencia constitucional gaditana estableciendo, en su lugar, un modelo contrarrevolucionario que contribuyó a acentuar la polarización de las diversas identidades políticas existentes en el seno de la monarquía.² La estrategia restauracionista fue notablemente trazada en el famoso Manifiesto de Valencia, en el Fernando VII derogaba la constitución de 1812 y manifestaba una expresa voluntad de hacer *tabula rasa* con la experiencia política inaugurada tras su cautiverio, retrotrayendo retóricamente la historia hacia un punto donde el constitucionalismo moderno y su pléyade de conceptos políticos asociados no existiesen. La constitución debía ser nula y sin efecto, “ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo”,³

¹ ALONSO, “Imaginando a Fernando VII”, pp. 57-77.

² LA PARRA, “La restauración de Fernando VII”, pp. 205-222; RÚJULA, “El mito contrarrevolucionario”, pp. 79-94; BUTRÓN PRIDA, “El sexenio absolutista”, pp. 45-65; RÚJULA, “Realismo y contrarrevolución”, pp. 45-66.

³ [Obra Anónima]: *Colección de las reales cédulas*, p. 9.

sentenciaba, mostrando así la peculiar forma de aprehender el tiempo histórico del absolutismo.

Esta manera contrarrevolucionaria de pensar el tiempo histórico, es decir, su afán por retornar a un *statu quo ante* que había sido remecido por la experiencia revolucionaria, se plasmó en una serie de “políticas de memoria” dentro de las cuales destacó el afán por establecer una narrativa histórica de aquella época como un insumo que legitimara su posicionamiento político específico.⁴ En la península, el retorno del absolutismo implicó un despliegue de la historiografía afín que tuvo como propósito polemizar con una serie de discursos históricos que circulaban en la época y que eran desfavorables a la monarquía. Entre las obras más destacadas que respondieron a esta coyuntura se encuentra la *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, redactada por una comisión militar —aunque atribuida a Alberto Baldrich y de Viciania— por encargo directo de Fernando VII. El texto reparaba en la tensión metodológica entre “escribir con exactitud la historia de los sucesos memorables” y preservar la “imparcialidad” en el análisis de “los trastornos políticos que nuestra generación presenció”. La complejidad de la tarea aumentaba dado que dichos sucesos habían generado una enorme producción de textos históricos que habían “inundado la Europa” con interpretaciones falaces que distorsionaban la verdad de los sucesos. Solo el acopio de documentos probatorios y “auténticos” permitiría reconstruir así la verdadera versión de los hechos que, de modo poco sorprendente, era favorable a la monarquía española.⁵

Para el caso hispanoamericano, la retórica del volver atrás el reloj de la historia mostró sus limitaciones, y puso en evidencia la necesidad de esclarecer los orígenes de los movimientos insurreccionales para pensar desde allí el futuro de las posesiones americanas del imperio.⁶ Para eso la reflexión histórica se constituía en un insumo clave, como lo refleja una decisiva circular emanada en julio de 1814 por el Ministerio Universal de Indias que indicaba la conveniencia de averiguar “el verdadero origen de los alborotos y sediciones que han experimentado y todavía se experimentan en algunas de esas provincias, y que consten en lo venidero de un modo auténtico los

⁴ CALVO, “Como si no hubiesen pasado jamás tales actos”, pp. 31-57.

⁵ [Obra Anónima]: *Historia de la Guerra de España*, pp. I-XVIII.

⁶ ESCRIG ROSA, “La construcción ideológica de la restauración”, pp. 1493-1548.

fines, agentes y medios con que se sostuvieron y generalizaron, y también aquellos que contribuyeron a minorarlos o extinguirlos, de manera que el todo de su narración sirva en lo sucesivo de útil advertencia para evitar la renovación de tan terribles males”.⁷

En la narrativa histórica se requería el concurso de “sujetos de conocida literatura, sagacidad, madurez y criterio” para que establecieran una investigación en que plasmaran “imparcialmente y con toda verdad, bajo el método, orden y división que mejor les pareciera” los móviles de la revolución, y que dieran cuenta de los instigadores de los sucesos, sus propósitos, las dimensiones internacionales de la independencia, los actores que se opusieron a ella, los conflictos militares y las facciones políticas más relevantes. En fin, la investigación debía basarse en cuantos “documentos originales” pudieran obtener los historiadores, de manera de “comprobar los hechos y convencer plenamente de su realidad, desvanecer las dudas y falsedades que por la diversidad de opiniones e intereses particulares se suscitarán probablemente en otros escritos en que se tratará, tal vez, con siniestro empeño, de desfigurar en todo o en parte lo que se dijere sobre estos asuntos”.⁸

En términos historiográficos, sería sumamente importante e interesante desentrañar en qué territorios americanos esta orden fue llevada a cabo, en qué condiciones y en qué obras históricas se expresó. Este artículo aporta a esa historia por construir abordando uno de los casos en los que es posible reconstruir este problema: en el Chile de la restauración monárquica. En efecto, en ese marco político tuvo origen la primera historia de la independencia chilena, la *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, redactada por fray Melchor Martínez entre mediados de 1815 y 1816, en cumplimiento de la comisión real. La obra de Martínez, tal como otras contemporáneas a la revolución, se insertó dentro de un momento de gran importancia para la historia de la historiografía iberoamericana. En efecto, la crisis de la monarquía hispánica a inicios del siglo XIX fue un evento de primer orden en la conciencia histórica de las elites criollas. La autopercepción de estar viviendo momentos de inédita aceleración de los tiempos, que desarticulaban la concatenación de pasado, presente y futuro,

⁷ MARTÍN DE BALMASEDA, *Decretos del rey don Fernando VII*, pp. 153-154.

⁸ MARTÍN DE BALMASEDA, *Decretos del rey don Fernando VII*, p.154.

posicionando a los contemporáneos en una temporalidad cualitativamente diferente de aquella vivenciada en el pasado, tuvo importantes efectos en la comprensión del concepto mismo de historia y de la forma en que esta debía escribirse.⁹ Esto supuso una diferencia crucial con el paradigma previo de las historias naturales y civiles de la ilustración dieciochesca.¹⁰ La excepcionalidad de los sucesos contemporáneos los volvía capaces de portar enseñanzas morales y políticas tan significativas como el estudio meditado de los siglos previos. La condensación de la experiencia temporal en las revoluciones, la acuñación de la categoría de “historia contemporánea” y la pronta conversión en fenómenos de investigación marcaron una etapa de importancia en la historia de la historiografía en el mundo iberoamericano.¹¹

La creciente relevancia de la historia no solo se expresó en la multiplicación de sus usos en la argumentación política contemporánea,¹² sino también en el incentivo hacia su escritura para perfilar los sucesos recientes. Por eso no sorprende que la era de las revoluciones haya sido prolífica, a ambos lados del Atlántico, en la escritura de historias de las independencias —en la península, de su propia “guerra de independencia” contra Napoleón—,¹³ ya *motu proprio*, ya por encargo de los gobiernos revolucionarios en América, como aconteció tempranamente en el Río de la Plata. Allí el Primer Triunvirato comisionó, en 1812, la elaboración de una “historia filosófica de nuestra feliz revolución, para perpetuar la memoria de los héroes y las virtudes de los hijos de la América del sur”. Aunque el encargo recayó originalmente en el dominico Julián Perdel, la tarea terminó realizándola el deán Gregorio Funes en su *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos-Ayres y Tucumán*, que pese al tenor del encargo, terminó elaborando una narrativa historiográfica muy en la línea de las historias civiles de la ilustración dieciochesca.¹⁴ Como se ve, la producción historiográfica podía diferir de las intenciones originales de sus comitentes.

⁹ FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, “Cabalgando el corcel del diablo”, pp. 422-461; CHAPARRO, “Todas las cosas tienen su tiempo”, pp. 205-231.

¹⁰ CAÑIZARES ESGUERRA, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*.

¹¹ FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, *Historia conceptual en el Atlántico ibérico*, pp. 420-424; ZERMEÑO, “Historia, experiencia y modernidad en Iberoamérica”, pp. 571-575.

¹² GUEDEA, “Los usos de la historia”, pp. 31-42.

¹³ ÁLVAREZ JUNCO, “La invención de la guerra de la Independencia”, pp. 81-84.

¹⁴ WASSERMAN, *Entre Clío y la polis*, 167-172. BELASCOIN, “El deán Gregorio Funes”, pp. 127-142.

En Nueva España, por ejemplo, un encargo de la familia del virrey Iturrigaray a fray Servando Teresa de Mier para elaborar una historia que limpiase la imagen pública del mandatario de cualquier sospecha de connivencia con los revolucionarios, terminó convirtiéndose en un texto pionero de la historiografía nacionalista mexicana: la *Historia de la revolución de la Nueva España antiguamente Anáhuac o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*.¹⁵

Hacer historia de la revolución en tiempo presente tenía sus desafíos metodológicos. La inmediatez de los sucesos narrados y examinados tenía implicancias epistemológicas, especialmente porque imponía dificultades para establecer la imparcialidad en el juicio y el desapasionamiento en la exposición de la evidencia, además de incidir en la forma de seleccionar y desplegar la evidencia documental, todos elementos relevantes en la cultura historiográfica dieciochesca para establecer los criterios de verosimilitud.¹⁶ Irónicamente, la demanda contemporánea por historiar los sucesos revolucionarios excusaba a los escritores de investigar sobre sucesos inmediatos, suspendiendo el *dictum* epistemológico que aconsejaba poner los eventos a una distancia temporal saludable para poder ser examinados con objetividad. Y es que como explicaba Mariano Torrente en el prólogo de su *Historia de la revolución hispanoamericana*, “la historia de las revoluciones, según la opinión de algunos sabios, no debiera escribirse tan distante de ellas que se haya perdido su memoria, ni tan cerca que falte al escritor la necesaria libertad”.¹⁷

Pese a insertarse en un momento de gran relevancia para la conformación del saber histórico sobre las independencias, la labor historiográfica de Melchor Martínez no ha merecido mucha atención en la historiografía canónica sobre la disciplina. Como sabemos, las historiografías latinoamericanas surgieron con la finalidad de justificar retrospectivamente el surgimiento de las naciones a partir de este “momento fundacional” que fueron las guerras de independencia.¹⁸ Por las mismas circunstancias políticas de producción de la obra —encargada por Fernando VII para

¹⁵ GOREN, “Servando Teresa de Mier”, p. 90; véase además ROSETTI, *Letrados de la independencia*, pp. 157-204; BRADING, *Orbe Indiano*, pp. 627-648.

¹⁶ SORIANO, “Historiadores bajo la sombra de la sospecha”, pp. 501-530.

¹⁷ TORRENTE, *Historia de la revolución hispano-americana*, v. I, p. III.

¹⁸ COLMENARES, *Las convenciones contra la cultura*; PALACIOS, *La nación y su historia*.

anatemizar los movimientos insurreccionales en el continente— no debería sorprendernos que una obra así haya quedado al margen de los estudios historiográficos, pese a que sus propios contemporáneos —incluyendo a la generación de la posindependencia— la hayan valorado como un hito decisivo en la escritura histórica de la revolución. Si ideológicamente la *Memoria histórica* de Martínez no se alineaba con las historias patrias que buscaban idealizar la revolución, la independencia y el republicanismo; además hay otras circunstancias que han incidido en su invisibilización. La periodificación convencional de la historiografía chilena, que instala la década de 1840 como el momento “fundacional” de la disciplina del país al alero de la Universidad de Chile y el magisterio de Andrés Bello, han hecho que una obra como la de Melchor Martínez haya sido derechamente omitida de estos balances.¹⁹

Irónicamente, algunos interesados en el pasado nacional en la década de 1840 valoraron la obra de Martínez, especialmente por el acopio documental que acompañó su obra, característica que permitía eclipsar el sesgo ideológico del franciscano español. Así, la *Memoria histórica sobre la revolución de Chile* fue impresa tres décadas después de haber sido redactada. En 1848 sus editores, prescindiendo del confeso monarquismo de su autor, consideraron que publicarla era un “servicio” al público, pues encendía “una nueva antorcha que alumbró el camino a los futuros historiadores que intentan penetrar en el dédalo tenebrosos de nuestra historia, y decimos tenebroso, porque hasta ahora no se han escrito sus fastos sino que ni aun siquiera se han reunido los documentos”.²⁰

Por el amplio acervo documental utilizado y compulsado por primera vez, la obra de Martínez fue elogiada en algunos casos. El historiador Diego Barros Arana, por ejemplo, en un temprano estudio biográfico sobre el franciscano español llamó la atención sobre su importancia en la conformación del acervo historiográfico chileno, afirmando que si bien contaba con un inestimable trabajo de fuentes y las apreciaciones en su narración eran “muy justas”, al mismo tiempo “desconocía absolutamente el verdadero estilo histórico. En su memoria, la narración es sumamente pesada e indigesta: los hechos están contados de ordinarios en un regular orden cronológico, pero

¹⁹ WOLL, *A functional past*; GAZMURI, *La historiografía chilena*; JAKSIC, *El debate fundacional*.

²⁰ “Prefacio de los editores”, en MARTÍNEZ, *Memoria histórica*, p. IV.

expuestos en tropel, sin detenerse un poco en los más importantes y casi sin que le merezcan al autor más pausa o medida que los incidentes más insignificantes”.²¹ Otros estudiosos, como Ricardo Donoso, han compartido el juicio de Barros Arana, reparando en que si bien la parcialidad política del autor es evidente en su obra, ésta sigue siendo “un documento inapreciable”.²² Para otros autores, la posición política de Martínez no es un óbice para hacer una apología de su interpretación histórica. Tal es el caso de Eduardo Andrades quien ha resumido el texto del franciscano español, aunque sin mayor perspectiva crítica sobre las cuestiones metodológicas con las que lidió Martínez, ni menos sobre la incidencia política del contexto de producción de la obra.²³

El propósito de este artículo es reconstruir el itinerario de composición de la *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, para enfocarnos en las cuestiones políticas y de método que subyacieron a su escritura, aspectos que justamente han sido inadvertidos por la literatura existente. Así, desde la perspectiva de la historia de la historiografía, la pesquisa reconstruye las razones de la elección de Martínez para cumplir el encargo real, los aspectos metodológicos debatidos por él y sus comitentes para adecuar los resultados de la investigación, y los escollos que se presentaron para llevar adelante la empresa. Además, el artículo examina el despliegue de hipótesis explicativas sobre las causas de las independencias y su uso, desde la lógica del paradigma de la *historia magistra vitae*, de insumo ideológico para la comprensión monárquica de los orígenes de las independencias en Hispanoamérica, justamente el móvil que impulsó a su escritura. En este sentido, la pesquisa aporta nuevos insumos para la historia intelectual de la contrarrevolución en el caso chileno,²⁴ explorando el discurso historiográfico de Martínez como otra forma de argumentación política. En términos interpretativos, la investigación da cuenta de los dilemas epistemológicos en la construcción del conocimiento histórico en un contexto de cambios acelerados, aspectos que permiten ilustrar problemas más amplios de la disciplina, como la acentuada conciencia de historicidad de los contem-

²¹ BARROS ARANA, “Historiadores de Chile”, p. 579.

²² DONOSO, “El P. Melchor Martínez”, p. 19.

²³ ANDRADES, “Notas sobre la obra de fray Melchor Martínez”, pp. 95-144.

²⁴ CID, *Pensar la revolución*, pp. 93-102; GUERRERO LIRA, *La contrarrevolución de la independencia*, pp. 225-240.

poráneos y la transición desde las narrativas de las historias naturales o civiles —clásicas del siglo XVIII en Hispanoamérica— hacia una historia política de la revolución escrita en tiempo presente.

“LO QUE EL REY PIDE Y LO QUE YO DESEO ES LA VERDAD PURA”:

LOS DESAFÍOS DE HISTORAR LA REVOLUCIÓN

Si en la península 1814 fue el momento de la restauración del absolutismo, en Chile lo fue también de la recomposición del orden monárquico, alterado por la dinámica independentista y revolucionaria de la política local. El movimiento independentista fue derrotado por una serie de expediciones enviadas desde el Perú por el virrey Abascal, que culminaron con éxito con la victoria del general Mariano Osorio en Rancagua en octubre de ese año y la posterior ocupación de la capital.²⁵ El primer año de la restauración monárquica en Chile se caracterizó por la implementación de prácticas represivas y los esfuerzos por pacificar la convulsionada política interna.²⁶ Una vez restablecido el orden interno, hubo esfuerzos por avanzar hacia otra serie de medidas.

Dentro de estas se puede contar, por ejemplo, el impulso para cumplir con la orden real para escribir la historia de las revoluciones hispanoamericanas. Solo un año después de emanado el decreto, el general Mariano Osorio —el nuevo gobernador de Chile— procedía a encomendar la elaboración de la obra a fray Melchor Martínez. Nacido en Monteagudo en 1762, Martínez tomó los votos de la orden franciscana y se embarcó hacia América. Establecido en Chillán, en el sur de Chile, fue comisionado como misionero para evangelizar a los indígenas de la frontera. Sirviendo por casi dos décadas entre los mapuches, Martínez no solo aprendió con fluidez el mapudungun, sino que una vez finalizados sus servicios y ya residiendo en Santiago, redactó en 1806 una memoria sobre las misiones en la Araucanía,²⁷ lo que le granjeó cierta reputación intelectual en la época. Además de este prestigio, su oposición al movimiento juntista y su

²⁵ OSSA, “Monarquismo(s) y militarismo”, pp. 415-420; PERALTA RUIZ, “La construcción de un liderazgo contrarrevolucionario”, pp. 87-106; ALVARADO, *Virreyes en armas*, pp. 144-158.

²⁶ GUERRERO LIRA, *La contrarrevolución de la independencia*.

²⁷ Estas se conservan en el ARCHIVO NACIONAL HISTÓRICO (en adelante ANH), Santiago, fondo antiguo, vol. 99, pieza 9.

filiación con los franciscanos de Chillán —un verdadero bastión de la causa monárquica en el sur del país—²⁸ lo hicieron un fuerte candidato para asumir este encargo. Para Mariano Osorio, el misionero franciscano era “bien acreditado de religiosidad, juicio y suficiente ilustración, con prácticos conocimientos geográficos del país y de los sucesos de esta época desgraciada”. Y a diferencia de otras empresas historiográficas contemporáneas, como la *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte* encargada por Fernando VII a una comisión militar, Osorio pensaba que era más adecuado que la tarea residiera en un solo autor, “por parecerme que la conexión crítica y elección de ideas que requiere la materia con método y estilo uniforme e instrucción de documentos se concertarán con más oportunidad y acuerdo”. Para visar el contenido político de la investigación, Osorio estableció además una comisión consultiva compuesta por conspicuos personajes identificados con la causa monárquica, como el Obispo José Santiago Rodríguez Zorrilla; el Oidor de la Audiencia de Quito y asesor interino de Osorio, Joaquín Rodríguez; y el secretario Judas Tadeo Reyes, todos hombres consignados como de “carácter, probidad y literatura”.²⁹

El debate sobre cómo debía construirse la investigación es bastante elocuente sobre las formas de erudición historiográfica en la época, la construcción epistemológica de la verdad y la elaboración de criterios de verificabilidad de las narraciones y hechos del período. Esto queda en evidencia en el intercambio epistolar entre Osorio y Martínez. Para el militar español, la clave para lograr un relato histórico fidedigno e imparcial consistía en la diversidad y originalidad de las fuentes compulsadas. Para eso, además de garantizarle dedicación exclusiva al franciscano para que investigase, le sugería poner particular atención a la documentación utilizada. “Entre ellos serán de la mayor importancia la colección de los mejores materiales impresos y manuscritos de actas o diarios y relaciones que haya en el Gobierno”. Además de estas fuentes, Osorio sugería recabar testimonios y entrevistas a personajes que hubiesen tenido relación directa con los sucesos investigados, sugiriendo entablar “correspondencia para las noticias

²⁸ VALENZUELA, “Los franciscanos de Chillán y la Independencia”, pp. 113-158.

²⁹ ANH, Ministerio del Interior, vol. 26, Mariano Osorio al secretario de Estado y Despacho Universal de Indias, Santiago, 27 de junio de 1815.

que hubieren de adquirirse de las provincias distantes”.³⁰ Del mismo modo, Osorio gestionó con el virrey Abascal la facilitación de la documentación disponible en Lima que pudiera ser útil a la confección de la obra; lo mismo que con el Cabildo de Santiago, franqueándole la consulta de sus archivos.³¹

Tanto por sus contactos con el Colegio Franciscano de Chillán, por ser uno de los teatros de la guerra y por el activo rol desplegado por los religiosos en la lucha contra los revolucionarios, Martínez estimó que la documentación procedente de la institución sería un insumo útil para la redacción de su obra. Al comunicarle a su superior su designación como el redactor de la historia, Martínez sostuvo que el éxito de la empresa radicaba en el carácter fidedigno de la información utilizada, por lo cual su esfuerzo inicial se centraba en “adquirir materiales sólidos y verdaderos para la construcción de la obra”. Por eso, le solicitaba un informe detallado de la actividad de los franciscanos en el período de la revolución, tarea que debía ser encomendada “a un sujeto de capacidad y luces para que me pueda instruir en lo que tanto me intereso, a fin de presentarlo al Rey y al público como modelo y ejemplo digno de imitación y propio de un cuerpo tan respetable”. Martínez le encarecía la precisión en la fijación de los lugares y fechas de los sucesos narrados, pues de ese carácter dependía la solidez de su obra. Solo expurgados los materiales documentales de este tipo de errores podían ser usados “como es debido, sin exageración ni disminuciones, pues ya ve V.R. que lo que el Rey pide y lo que yo deseo es la verdad pura”.³²

Casi seis meses después Martínez recibía el informe solicitado, confeccionado por el padre Juan Ramón, quien fue enfático en señalar que la memoria se había elaborado con base a los “instrumentos del archivo y libros y papeles de mi oficio; y parte por las que me han suministrado personas de carácter y verdad, que o presenciaron los hechos, o estuvieron muy cerca de donde sucedieron y las entendieron de personas verídicas a quienes incumbía su conocimiento, y parte también por los casos que yo mismo presencié”.³³ Todos los documentos fueron cotejados con los originales por un par de religiosos, que hicieron copias autenticadas.

³⁰ BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE (en adelante BNC), Archivo de la Biblioteca Americana José Toribio Medina, vol. 225, doc. 5811. Mariano Osorio a Melchor Martínez, Santiago, 23 de mayo de 1815.

³¹ ANH, Ministerio del Interior, vol. 26, Mariano Osorio a Fernando de Abascal, Santiago, 16 de junio de 1815.

³² FELIÚ CRUZ, “Documentos relativos a fray Melchor Martínez”, pp. 277-278.

³³ FELIÚ CRUZ, “Documentos relativos a fray Melchor Martínez”, p. 279.

En la composición de la *Memoria histórica*, que Martínez comenzó a bosquejar ya a fines de 1815, se insertaron más de 180 documentos anexos,³⁴ que fueron utilizados en la narrativa de manera probatoria. El tipo de fuentes desplegadas fue variopinto, destacándose la correspondencia oficial, las proclamas, panfletos, manifiestos, bandos, oficios, editoriales de la prensa del período, contestaciones, discursos y sermones, a texto completo.

Pero no era solamente el acopio de material documental, la corroboración de su carácter genuino, la confrontación de testimonios y el procesamiento de toda esta información dentro de un relato coherente el escollo más significativo en la argumentación histórica que buscaba desplegar Martínez. Tanto la cercanía temporal con los acontecimientos evaluados como la proximidad con los actores que habían sido partícipes de los hechos era considerado un desafío epistemológico, pues minaba la posibilidad de evaluar adecuadamente los sucesos en sus proyecciones y, especialmente, limitaba seriamente la capacidad atribuir responsabilidades individuales en el origen de los hechos historiados, justamente el propósito del encargo. De esto era consciente Martínez cuando le comunicaba a Osorio la aceptación de la tarea, remarcando que el desafío más importante era lograr una narración imparcial. La proximidad temporal con los hechos era muy importante, pues las pasiones políticas eran muy recientes. Era preciso abstraerse de estas emociones, “desnudarme de toda pasión de odio, amor, interés, ambición, etc., que son los que pueden y suelen viciar los escritos de esta naturaleza”, decía. La proximidad con los hechos y sus protagonistas dificultaba así lograr la “imparcialidad y verdad”, que el encargo del rey establecía “como constitutivos principales de la narración”.³⁵

El distanciamiento crítico de los hechos y sus protagonistas como precondition epistemológica de la verisimilitud de la narración resultaba difícil en las circunstancias locales, toda vez que la elite santiaguina, articulada en torno a una tupida red de parentesco,³⁶ había estado envuelta en su mayoría en los sucesos narrados, y muchos de ellos aún gozaban de

³⁴ Estos son los que se incluyen en la versión editada en 1848, que es el manuscrito dejado por el autor hasta 1814.

³⁵ BNC, Archivo de la Biblioteca Americana de José Toribio Medina, vol. 225, doc. 5811, Melchor Martínez a Mariano Osorio, 27 de mayo de 1815.

³⁶ FELSTINER, “Kinship Politics in the Chilean Independence Movement”, pp. 58-80 y CHAMBERS, *Families in war and peace*.

una posición social y económica de relevancia en el país. Por eso, Martínez estipulaba que hacer la historia de la revolución en esas condiciones era una tarea “odiosa por su naturaleza: miro que se ha de publicar y aun perpetuar la memoria de los delitos de grande número de personas de todos estados y jerarquías; entiendo que esta ocupación me ha de adquirir muchos enemigos y perseguidores”, sentenciaba. En un sentido similar, Martínez le confidenció a su superior religioso en junio de 1815 que el encargo de hacer la historia de la revolución implicaba “grande trabajo, innumerables dificultades, temores de mal éxito, peligros y persecuciones por recompensa”.³⁷

Considerando esta dificultad, resulta clarificadora la petición realizada por Martínez a Mariano Osorio a fines de 1815 de poder partir a España a finalizar la redacción de la obra, habiendo ya culminado la tarea de recopilación documental. El fundamento de la petición era la necesidad de “libertad” al momento de redactar, cuestión que era limitada por la naturaleza misma de la empresa, que era “patentizar la depravada conducta de los más principales y poderosos habitantes de este país, entre quienes vivo y a quienes no pueden ocultarse mis escritos, aun a pesar de las más cautelosas precauciones”. Incluso la labor de sus consultores se veía tensionada porque el hecho de ser “Patricios Naturales de esta capital; cuya sola calidad (aunque en sus personas no deba hallarse complicidad en la revolución) los implica indudablemente en forzosos enlaces de parentesco y amistad con muchos individuos, y familias sindicadas”. Tal situación constituía “un dique que restringe mi necesaria libertad”. Además de este distanciamiento, la frágil situación de “un país recién conquistado” le hacía temer el peligro de una eventual reactivación de la lucha revolucionaria. Solo en España, “libre de todo afecto que pueda viciarla”, podía concluir la *Memoria histórica* en un plazo que él fijaba a mediados de 1816.³⁸

De manera sugerente, Mariano Osorio estuvo de acuerdo con Martínez en este punto. “He visto y estoy viendo que a pesar de la mayor vigilancia no es posible dar un paso sin tropezar ya en amistades, ya en conexiones que perjudican más de cuatro veces. Raro es el que no ha tenido un enemi-

³⁷ FELIÚ CRUZ, “Documentos relativos a fray Melchor Martínez”, p. 277.

³⁸ ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (en adelante AGI), Chile 207, 605, Melchor Martínez a Mariano Osorio, Santiago, 13 de diciembre de 1815.

go o pariente mezclado en el desorden”, sentenciaba Osorio, lo que terminaba dificultando la labor de Martínez al estar las miradas fijas en los juicios vertidos en su texto. Y es que “si ha de escribir con los requisitos e imparcialidad que requiere la obra, a fin de que merezca toda aceptación no es posible lo verifique sin atraerse enemigos”. Por eso, el político y militar aseguraba que autorizaría la partida del franciscano español siempre y cuando se hubiesen realizado copias autorizadas de la documentación utilizada en su confección y, sobre todo, Martínez haya “concluido enteramente el borrador para evitar que por falta de alguna noticia, quede la obra imperfecta, y sea necesario acudir por ella desde el punto donde fije su residencia, resultando de uno una demora perjudicial a la idea de dar cuanto antes a la luz pública un documento que desengaño al mundo acerca del origen, y demás particularidades de la revolución de este país”.³⁹

Sin embargo, días después de su petición la situación variaría significativamente para Martínez. A fines de 1815 arribaba al país el nuevo gobernador, Francisco Casimiro Marcó del Pont, quien lo incorporó como consejero, con el encargo de ayudarlo a planificar la resistencia monarquista frente a la inminente invasión del Ejército Libertador desde el otro lado de los Andes. Así, Martínez se encargó de dirigir una red de informantes para recabar información sobre los sitios por los cuales eventualmente cruzaría el ejército.⁴⁰ A las obligaciones políticas se le añadieron los avatares de la propia revolución, que entorpecieron la finalización de la obra histórica proyectada. Los temores de Martínez se verificaron en febrero de 1817, cuando las tropas del Ejército de los Andes remontaron la cordillera y derrotaron a las tropas realistas en los campos de Chacabuco. Junto a otros connotados líderes del movimiento monarquista, Martínez partió al Perú en busca de asilo. Una nueva expedición militar desde el Perú, otra vez encabezada por Mariano Osorio, significó el retorno de Martínez a Chile al año siguiente, esta vez como capellán militar de las tropas realistas. Sin embargo, la expedición no logró sus propósitos y las fuerzas realistas al mando de Osorio

³⁹ AGI, Chile 207, 604, Mariano Osorio al secretario de Estado y de Despacho Universal de Indias, Santiago, 18 de diciembre de 1815.

⁴⁰ Véase, por ejemplo, BNC, Sala Medina, colección de manuscritos Barros Arana, Ms.BA 12, t. 28, fs. 85-89, que contiene correspondencia de Melchor Martínez a Marcó del Pont del 19 de noviembre y 14 de diciembre de 1816.

nuevamente fueron derrotadas, esta vez en los campos de Maipú (5 de abril de 1818).

En esta ocasión Martínez no pudo huir y fue capturado por las tropas independentistas en la hacienda de Bucalemu, desde donde fue conducido a San Luis como prisionero. Allí residió hasta 1820, cuando se trasladó hacia Mendoza. En 1822 pasó a Buenos Aires, cuyo gobierno lo conminó a abandonar su jurisdicción a la brevedad posible. En mayo Martínez se encontraba en Montevideo, esperando el momento oportuno de retornar a España, que estaba envuelta en la efervescencia política y militar del llamado “Trienio Liberal”. La descripción de la situación política del colapsado imperio español que le hizo al obispo de Santiago, José Santiago Rodríguez Zorrilla —que había sido conminado por las dirigencias revolucionarias a abjurar de sus simpatías monárquicas para ser reintegrado en su cargo— da cuenta del profundo desencanto político de quien en 1815 había creído en cese de la efervescencia revolucionaria. En 1822, el escenario continental para un cura legitimista no podía ser más sombrío: “por todas partes parece que si los hombres hacen muchos años estaban locos, ahora ya están furiosos”.⁴¹

La documentación disponible indica que Martínez prosiguió la redacción de la *Memoria histórica* cuando finalmente retornó a España, residiendo en el convento de Monteagudo, en Burgos. En abril de 1827 una misiva del ministro de Ultramar, Silvestre Collar, al Provincial franciscano de Burgos, daba cuenta de que Martínez, confiado en sus recuerdos, había continuado su obra cubriendo temporalmente al menos hasta 1818 y había enviado estos textos al Consejo de Indias indagando si contaría con apoyo para culminar su trabajo. Y aunque las autoridades peninsulares consignaron lo conveniente de que continuara sus textos históricos, “en las cuales, sin embargo, se hallaban grandes vacíos y alguna incorrección, pudiendo acaso haber algunas inexactitudes en los hechos, por donde le califican las personas como confiados enteramente a la memoria”, se sugirió la necesidad de que se trasladase a la corte para culminar la *Memoria histórica*, para poder contar allí con “los papeles y documentos necesarios que obra en las diferentes secretarías”. No obstante, la solicitud recibió la negativa del rey, por cuestiones de erario que dificultaban financiar la finalización de la redac-

⁴¹ FELIÚ CRUZ, G. “Documentos relativos a fray Melchor Martínez”, p. 284.

ción.⁴² Incluso en 1830, ya padeciendo perlesía y gozando de una modesta pensión real, Martínez continuaba escribiendo la historia de la revolución.

A esas alturas, la situación había cambiado significativamente. La avanzada edad de Martínez, el haber continuado la redacción de su *Memoria histórica* confiado a sus recuerdos, con las inexactitudes que ello implicaba, la dificultad de cotejar y rectificar documentalmente sus juicios, sumado al cambio radical del contexto político de la situación de las Américas para la Monarquía hispánica, hicieron que el encargo perdiese relevancia y quedara relegado al olvido. Porque en paralelo, y esto resulta más significativo, la redacción definitiva de la perspectiva monárquica de las revoluciones hispanoamericanas estaba siendo llevada a cabo por historiadores más consolidados en el oficio, como Mariano Torrente y su *Historia de la revolución hispano-americana*, que terminó consolidándose como el texto canónico desde la perspectiva realista para comprender el colapso del imperio español.⁴³ De hecho, este carácter se refuerza al considerar que el propio Torrente utilizó a Melchor Martínez como un insumo para construir su interpretación más amplia. Martínez pasaba así de ser un historiador pionero a ser consultado como cronista y suministrador de documentación primaria por los historiadores contemporáneos afines a sus lineamientos ideológicos.⁴⁴ En dicha operación, Torrente acudió a un manuscrito más extenso elaborado por Martínez, que extendía su análisis de la independencia chilena hasta 1820, documento del que, lamentablemente, no se conocen mayores registros.

LA EXPLICACIÓN DE LA INDEPENDENCIA EN LA *MEMORIA HISTÓRICA SOBRE LA REVOLUCIÓN DE CHILE*

Aunque la exposición de la *Memoria histórica* es marcadamente cronológica –de hecho, los capítulos están ordenados por año– la composición del argumento es mucho más que una concatenación temporal de sucesos. Pues el encargo real requería averiguar los móviles del movimiento independentista, la selección de hechos considerados históricos, la jerarquía relativa

⁴² BNC, Sala Medina, archivos documentales, AD núm. 18181, Silvestre Collar al Padre Provincial de la Orden Seráfica de Burgos, Madrid, 20 de abril de 1827.

⁴³ Sobre esta obra, véase RODRIGUEZ, *Realistas contra insurgentes*, pp. 91-100.

⁴⁴ TORRENTE, *Historia de la revolución hispano-americana*, v. I, p. IV.

entre ellos, el afán probatorio de la documentación y el despliegue de una interpretación que distinguía entre las “causas parciales que influyeron en la revolución de Chile” y aquellas “causas interiores o domésticas que influyeron con más inmediatez en la revolución de Chile” ponen de relieve el fuerte razonamiento historiográfico de Martínez, que revisten a su obra de un nivel de complejidad mayor que el de la mera crónica documentada. Y es que la naturaleza misma del raciocinio histórico —vale la pena recordar la clásica lección de Carr—,⁴⁵ es la atribución de la causalidad para dotar de sentido a los hechos del pasado.

A modo de introducción de su argumento, Martínez describía al país desde su condición geográfica, climática y económica, sentenciando que antes de la revolución los habitantes de la Capitanía General de Chile habían vivido “bajo una inalterable paz y quietud bajo los auspicios y dirección de un gobierno benigno y moderado”.⁴⁶ Desde sus inicios, la narrativa que estampaba el clérigo en las páginas de su *Memoria histórica* se relacionaba con la nostalgia de aquel ordenamiento político-social prerrevolucionario, tan típico de la retórica conservadora.⁴⁷ Para comprender las razones del quiebre con ese mundo idealizado y del abrupto viraje político de los criollos, Martínez insertó su argumento dentro de una larga tradición intelectual que había interpretado la era de las revoluciones como el resultado de la implementación de ideas filosóficas del iluminismo dieciochesco disruptivas del orden moral, social y político. Esta se constituyó en una tesis muy manida en la época por los sectores legitimistas en Europa —especialmente en aquellos relacionados al ámbito eclesiástico—⁴⁸ encontrando una amplia difusión en Hispanoamérica, la que incluso llegó a dar cabida a interpretaciones apocalípticas.⁴⁹ En esa línea de interpretación conspirativa, el franciscano aseguró que había sido la difusión de este tipo de ideas las que habían socavado la tradicional obediencia de los criollos. La “falsa y seductora filosofía” había calado hondo en la mentalidad de los súbditos americanos, trastocando una serie de valores que hasta entonces habían

⁴⁵ CARR, *¿Qué es la historia?*, pp. 117-146.

⁴⁶ MARTÍNEZ, *Memoria histórica*, p. 9.

⁴⁷ ARTOLA e INARRA, “Restaurar la cadena del tiempo”, pp. 9-16.

⁴⁸ ARTOLA y CALVO, “Declinaciones de la reacción eclesiástica”, pp. 438-453.

⁴⁹ McMAHON, *Enemies of the Enlightenment*; HERRERO, *Los orígenes del pensamiento*, pp. 151-341; ESCRIG ROSA, “Transferencias culturales y guerra de ideas”, pp. 273-295; CID, “Espectros del fin”, pp. 595-616.

sido garantes del orden colonial, como el cuestionamiento de la religión —“una invención humana para abusar de la libertad del hombre”—, la idea de soberanía popular, del libre consentimiento de los gobernados y la noción de “que los vasallos y súbditos pueden juzgar y dominar a sus legítimos superiores”.⁵⁰

La difusión de este tipo de doctrinas políticas, que tenían su origen en la experiencia revolucionaria francesa, que se había convertido en el núcleo de irradiación global de tales ideas. Desde allí, afirmaba, “ha inundado con sus fatales doctrinas a casi todo el orbe, que está gimiendo y padeciendo sus funestos efectos”.⁵¹ El fraile franciscano reparaba en que no solo este tipo de ideas radicales se habían difundido cruzando el Atlántico, sino que su recepción había sido especialmente positiva puesto que el contexto político hispanoamericano había cambiado favorablemente hacia dichas ideas. “Las Américas recibieron desde los principios el sistema de la revolución francesa como el más análogo y conforme a sus deseos; pues este nuevo mundo cree que ya llegó al estado de la pubertad; y que puede muy bien regirse sin autores ni curadores que lo sostengan”.⁵²

En este punto, la influencia de la independencia de las Trece Colonias era indesmentible para Martínez, que se expresaba en términos muy concretos con la importante presencia de ciudadanos norteamericanos en los puertos chilenos. La influencia estadounidense, especialmente importante en el ámbito comercial, era un estímulo para propagar las virtudes de la independencia en el continente, con el propósito de que una vez separadas de España, las nuevas repúblicas cayesen bajo su influjo: “Aquella república ha servido de cátedra magistral para corromper y pervertir todos estos pueblos disponiéndolos y preparándolos con sus falaces máximas a sacudir el yugo legítimo de su antiguo gobierno y de la verdadera doctrina de su sagrada y católica religión, a cuyos dos puntos se encaminan directamente todos los esfuerzos de aquel inicuo sistema”.⁵³

En la perspectiva interpretativa de la *Memoria histórica* era la imbricación entre influencias políticas e ideológicas internacionales con una serie de eventos locales los que habían allanado el camino hacia la revolución.

⁵⁰ MARTÍNEZ, *Memoria histórica*, p. 11.

⁵¹ MARTÍNEZ, *Memoria histórica*, p. 12.

⁵² MARTÍNEZ, *Memoria histórica*, p. 13.

⁵³ MARTÍNEZ, *Memoria histórica*, p. 14.

Entre las “causas domésticas” que habían minado la confianza en las autoridades peninsulares se encontraba la impopularidad del ministro Manuel Godoy —caracterizado como un “perverso maquinador”— y el conflicto por la sucesión del poder local tras la muerte del gobernador Luis Muñoz de Guzmán. El resistido ascenso del nuevo gobernador, Francisco Antonio García Carrasco, mostraba una actitud desafiante del Cabildo de Santiago, un deseo marcado por el autogobierno en las elites locales, la actividad revolucionaria de políticos como Juan Martínez de Rozas y, de manera especial, un vínculo claro con el movimiento revolucionario rioplatense.

La inédita actividad del Cabildo de Santiago, que terminó aislando políticamente a García Carrasco hasta lograr su salida del cargo, lo llevó a enfrentarse abiertamente con la Real Audiencia, el bastión local de la causa fidelista. Las noticias recibidas sobre la situación de la península también contribuyeron a la crisis local, pues en su gran mayoría venían distorsionadas desde Buenos Aires. Las simpatías entre el cabildo santiaguino y el bonaerense, y el ascendiente ideológico de este último debían considerarse elementos de primer orden para entender la revolución, aseguraba Martínez, pues era “la causa principal de la pérdida de este reino”.⁵⁴ El establecimiento de la Junta de Gobierno en septiembre de 1810 —momento “deseado” por los insurgentes, pero “fatal para Chile”— fue la culminación política de esta actividad sediciosa que se ocultaba, sin embargo, bajo el manto de una aparente fidelidad.

A esta acción política de las elites locales debía añadirse la difusión sistemática mediante pasquines y manuscritos de una serie de ideas que buscaban legitimar el nuevo orden de cosas, poblando la esfera pública de nuevos conceptos como “felicidad, humanidad, libertad, igualdad, filantropía, dignidad del hombre”, aquella “multitud de epítetos hipócritas y falaces con que disfrazan las amargas píldoras que realmente contienen el devorador veneno de la anarquía, la destrucción y ruina de los mismos hombres”.⁵⁵ Esta innovación en el ámbito publicístico, afianzado posteriormente con el arribo de la imprenta, fue seguido por la instrumentalización de la que fue objeto la religión para justificar, desde el espacio del púlpito y los sermones, la legitimidad de las nuevas autoridades, un aspecto nocivo

⁵⁴ MARTÍNEZ, *Memoria histórica*, p. 24.

⁵⁵ MARTÍNEZ, *Memoria histórica*, p. 27.

de las revoluciones que, por la naturaleza de su oficio eclesiástico, Martínez consideraba gravísimo.

El cambio en el ámbito de las ideas obedecía a una variación en la correlación de fuerzas después de septiembre de 1810. Gran parte de la narrativa de la *Memoria histórica* se enfocó en este último aspecto, donde abordó el ascenso de las nuevas dirigencias políticas que acentuaron el carácter revolucionario de los sucesos de Chile, como Rozas —“el Robespierre de Chile”— y Carrera; el desplazamiento de los sectores fidelistas como la Real Audiencia, cuyos miembros fueron exiliados al Perú; la purga política a la que fue sometida la Iglesia, con la deposición del Obispo de Santiago y los enfrentamientos con el Cabildo Eclesiástico; y la creciente militarización de la política, que condujo a destruir cualquier posibilidad de resistencia armada de los grupos fieles al rey, como lo demostraba la ejecución pública del coronel Tomás de Figueroa después de su frustrado motín. Por medio de todos estos sucesos, Melchor Martínez buscaba mostrar el debilitamiento progresivo del “partido realista”, intimidado ante las prácticas represivas, las amenazas contra la seguridad, la confiscación de propiedades y el exilio de sus miembros más conspicuos. En paralelo a este proceso, el franciscano español describía el empoderamiento de las dirigencias revolucionarias por medio del repartimiento de cargos para granjearse simpatías en las elites locales, un proceso de afianzamiento que se llevó a cabo también por medio de una lucha interna sin cuartel entre las facciones carrerinas y rozistas. Tal era el escenario del país a la altura de 1813, cuando el arribo de las tropas expedicionarias de Pareja, Gaínza y Osorio implicaron un giro dramático en los sucesos que culminaron en la recuperación militar del país por el sector realista a mediados de 1814, que es cuando el manuscrito original fue interrumpido.

El balance de la experiencia revolucionaria chilena realizada por Martínez estaba fuertemente influido por el entusiasmo restauracionista en el que redactó su obra, en cuya lógica el fracaso político del independentismo de aquellos años era inevitable. En efecto, a diferencia de las perspectivas de las “historias patrias” que desde una perspectiva teleológica revestían de inevitabilidad el éxito de la revolución, la sensibilidad política que acompañó el retorno de Fernando VII al trono insistió en que era justamente la experiencia revolucionaria el proyecto político que estaba

derrotado históricamente, como lo mostraba el reflujo absolutista en Europa tras la caída de Napoleón y la derrota de algunos núcleos insurreccionales dentro de la América hispánica. La explicación de la derrota del independentismo chileno residía en su fragmentación política interna, en el conflicto entre sus caudillos —especialmente entre Carrera y Rozas— cuya expresión más evidente era la enorme variabilidad de los gobiernos en un corto periodo de tiempo. Cada nueva asonada suponía una variación completa en las dirigencias, proceso que iba minando los ya escasos cuadros burocráticos con los cuales contaban los revolucionarios para gestionar el poder. Así, las divergencias internas, la lucha facciosa y la polarización política entre los propios insurgentes era la muestra inevitable del colapso del proyecto independentista, la consecuencia necesaria de apartarse “del único camino recto que lo llevaba a su deber, y por más que buscaban otras muchas sendas y trabajaban en abrir nuevos caminos, a poco andar veían que todos los conducían al precipicio”.⁵⁶

CONCLUSIONES

En las páginas precedentes hemos examinado cómo la necesidad de los sectores absolutistas de comprender las razones de los sucesos revolucionarios en Hispanoamérica los llevó a incentivar la escritura histórica de las independencias. En el fondo de dicha motivación se evidenciaba la vigencia del paradigma de la *historia magistra vitae* en la comprensión de la función social y política de la historia en tiempos de la revolución, donde la narración de los sucesos del pasado y su comprensión se pensaban como lecciones político-morales para orientar la acción futura de los gobernantes ante sucesos similares. En cierto sentido, la revolución encarnaba su propia pedagogía antirrevolucionaria para la pluma de los nuevos historiadores, bajo la premisa epistemológica de que, adentrándose en sus lógicas, comprendiendo sus móviles, determinando sus causas y esclareciendo fidedignamente los hechos, se podría neutralizar, en lo futuro, la recurrencia de eventos similares.

⁵⁶ MARTÍNEZ, *Memoria histórica*, p. 209.

La dimensión pedagógica de la historia, sin embargo, contaba con un escollo intelectual que resultaba evidente para los historiadores contemporáneos. Y es que el paradigma de la *historia magistra vitae* presuponía una mínima distancia temporal para evaluar de manera ecuaníme el contenido aleccionador del pasado, pues se asumía que era la separación temporal aquello que permitía neutralizar las “pasiones” que entorpecían la inteligibilidad de la historia. Con el ascenso de la noción de “historia contemporánea” y la presión política por conocer la historia de los eventos revolucionarios la anulación de esa diferencia temporal frente a sucesos que aún se encontraban con desenlace abierto se instalaba como un desafío epistemológico abiertamente reconocido por quienes, como Melchor Martínez, debían recrear históricamente aquellos sucesos cargados de vértigo e indeterminación.

Por último, no solamente la inmediatez de los sucesos narrados y la desestructuración de la convivencia cívica provocada por la revolución influyeron en la forma en la que fue desarrollada la *Memoria histórica de la revolución de Chile*. La incidencia decisiva del contexto ideológico de producción de la obra mostró cómo la instrumentalización de la historia y los usos políticos del pasado impregnaron no solo la elección de los sucesos a investigar, sino sirvieron para jerarquizar las causas y asignarle una connotación moral a la comprensión de los hechos. La tensión constitutiva de la labor historiográfica del siglo XIX, entre el horizonte de imparcialidad y verdad como la guía ética del escritor, y la maleabilidad de estos imperativos frente a la politización de la historiografía, muestran los desafíos de la escritura histórica en un momento decisivo, en que el historiador no solo debía esclarecer la “verdad” de los hechos, sino que, con base a ellos, asignar responsabilidades. Responsabilidades que en tiempos revolucionarios no eran puramente historiográficas, sino, sobre todo, políticas.

REFERENCIAS

ARCHIVOS

Archivo Nacional Histórico, Santiago de Chile (ANH)

Archivo General de Indias, Sevilla (AGI)

BIBLIOGRAFÍA

- [Anónimo:] *Colección de las reales cédulas, decretos y órdenes de su magestad el señor don Fernando VII desde el 4 de mayo de 1814*, Valencia, Oficina de Estevan, 1814.
- [Anónimo:] *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, Madrid, Imprenta de D. M. de Burgos, 1818.
- ALONSO, Gregorio, “Imaginando a Fernando VII, rey católico y felón”, en *Pasado y Memoria*, 14, 2015, pp. 57-77.
- ALVARADO, Patricio, *Virreyes en armas. Abascal, Pezuela y La Serna: la lucha contrarrevolucionaria en el virreinato del Perú (1808-1826)*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2020.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, “La invención de la Guerra de la Independencia”, en *Studia Histórica-Historia Contemporánea*, XII, 1994, pp. 75-99.
- ANDRADES, Eduardo, “Notas sobre la obra de fray Melchor Martínez, un defensor de la causa del rey en Chile”, en *Fuego y Raya*, 3, 2011, pp. 95-144.
- ARTOLA, Andoni y Antonio CALVO, “Declinaciones de la reacción eclesiástica contra la Revolución francesa en España (1789-1808)”, en *Hispania*, LXXVII: 256, 2017, pp. 437-469.
- ARTOLA, Andoni y Xavier INARRA, “Restaurar la cadena del tiempo. Nostalgia e historicidad en el origen de las ideologías conservadoras”, en *Memoria y Civilización*, 27: 1, 2024, pp. 9-16.
- BARROS ARANA, Diego, “Historiadores de Chile. I. El padre frai Melchor Martínez”, en *Revista de Ciencias i Letras*, 1, 1857, pp. 565-581.
- BELASCOAÍN, Marcelo, “El deán Gregorio Funes & Dámaso Antonio Larrañaga: evocando el pasado desde el presente revolucionario”, en *Res Gesta*, 49, 2011, pp. 127-142.
- BRADING, David A., *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- BUTRÓN PRIDA, Gonzalo, “El sexenio absolutista, la oscuridad y los años que nunca existieron (1814-1820)”, en *Rúbrica Contemporánea*, XIII: 27, 2024, pp. 45-65.
- CALVO, Antonio, “‘Como si no hubiesen pasado jamás tales actos’: La gestión fernandina de la memoria histórica durante el sexenio absolutista (1814-1820)”, en Encarna GARCÍA MONERRIS, Mónica MORENO y Juan MARCUELLO, (Editores), *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos*,

- representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, Universitat de Valencia, 2013, pp. 31-57.
- CAÑIZARES ESGUERRA, Jorge, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo Atlántico del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- CARR, Edward H., *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1966.
- CHAMBERS, Sarah, *Families in war and peace. Chile from colony to nation*, Durham, Duke University Press, 2015.
- CHAPARRO, Alexander, “‘Todas las cosas tienen su tiempo.’ Temporalidad e historia durante la restauración monárquica en la Tierra Firme (1814-1819)”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 45: 2, 2018, pp. 205-231.
- CID, Gabriel, “Espectros del fin: miedo, apocalipsis y revolución en Hispanoamérica”, en Manuel CHUST y Claudia ROSAS (Editores), *Los Miedos sin Patria. Temores revolucionarios en las independencias Iberoamericanas*, Madrid, Sílex, 2019, pp. 595-616.
- CID, Gabriel, *Pensar la revolución. historia intelectual de la independencia chilena*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2019.
- COLMENARES, Germán, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006.
- DONOSO, Ricardo, “El P. Melchor Martínez”, en Melchor MARTÍNEZ, *La iglesia, las creencias y costumbres de los araucanos en Chile*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Plantie, 1944 p. 19-23.
- ESCRIG ROSA, Josep, “La construcción ideológica de la restauración en Nueva España (1814-1816)”, en *Historia Mexicana*, LXIX: 4, 2020, pp. 1493-1548.
- ESCRIG ROSA, Josep, “Transferencias culturales y guerra de ideas durante las independencias. Lecturas contrarrevolucionarias de Rafael de Vélez en Nueva España/México (1813-1822)”, en *Revista Complutense de Historia de América*, 48, 2022, pp. 273-295
- FELIÚ CRUZ, Guillermo, “Documentos relativos a fray Melchor Martínez y otros concernientes a su persona”, en Melchor MARTÍNEZ, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1964, pp. 272-287.
- FELSTINER, Mary Lowenthal, “Kinship Politics in the Chilean Independence Movement”, en *Hispanic American Historical Review*, 56: 1, 1976, pp. 58-80.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, *Historia conceptual en el Atlántico ibérico: lenguaje, tiempos, revoluciones*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2021.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier. “Cabalgando el corcel del diablo. Conceptos políticos y aceleración histórica en las revoluciones hispánicas”, en JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Gonzalo CAPELLÁN (Editores), *Conceptos políticos, tiempo e his-*

- toria*, Santander, Ediciones Universidad de Cantabria, McGraw-Hill, 2013, pp. 423-461
- GAZMURI, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)*, Santiago, Taurus, 2006.
- GOREN, Yael, “Servando Teresa de Mier”, en Virginia GUEDEA (Coordinadora), *El surgimiento de la historiografía nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, pp. 65-92.
- GUEDEA, Virginia, “Los usos de la historia en los inicios de la contrainsurgencia novohispana. Manuel Abad y Queipo y Manuel Ignacio González del Campillo”, en *Anuario de Historia de la Iglesia*, 17, 2008, pp. 31-42.
- GUERRERO LIRA, Cristián, *La contrarrevolución de la Independencia en Chile*, Santiago, DIBAM / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002.
- HERRERO, Javier, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, EDICUSA, 1971.
- JAKSIC, Iván, *El debate fundacional: los orígenes de la historiografía chilena*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2021
- LA PARRA, Emilio, “La restauración de Fernando VII en 1814”, en *Historia Constitucional*, 15, 2014, pp. 205-222.
- MARTÍN DE BALMASEDA, Fermín, *Decretos del rey don Fernando VII, año primero de su restitución al trono de las Españas*, Madrid, Imprenta Real, 1818.
- MARTÍNEZ, Melchor, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile, desde el cautiverio de Fernando VII, hasta 1814*, Valparaíso, Imprenta Europea, 1848.
- OSSA, Juan Luis, “Monarquismo(s) y militarismo republicano en Chile, 1810-1823”, en Roberto BREÑA (editor), *Cádiz a debate: actualidad, contexto y legado*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 409-428.
- PALACIOS, Guillermo (Coordinador), *La nación y su historia. independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación: América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2009.
- PERALTA RUIZ, Víctor, “La construcción de un liderazgo contrarrevolucionario. El virrey Abascal contra el autonomismo chileno (1810-1815)”, en Ivana FRASQUET y Víctor PERALTA RUIZ (Editores), *La revolución política: entre autonomías e independencias en Hispanoamérica*, Madrid, Marcial Pons, 2020, pp. 87-106
- RODRÍGUEZ, Andrea, *Realistas contra insurgentes. La construcción de un consenso historiográfico en el México independiente, 1810-1852*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2019
- ROSETTI, Mariana, *Letrados de la independencia. Polémicas y discursos formadores*, Buenos Aires, CLACSO, 2023.
- RÚJULA, Pedro, “El mito contrarrevolucionario de la ‘Restauración’”, en *Pasado y Memoria*, 13, 2014, pp. 79-94.
- RÚJULA, Pedro, “Realismo y contrarrevolución en la Guerra de la Independencia”, en *Ayer*, 86: 2, 2012, pp. 45-66.

- SORIANO, Nuria, “Historiadores bajo la sombra de la sospecha. La percepción de la historiografía en la Ilustración”, en *Memoria y Civilización*, 25, 2022, pp. 501-530.
- TORRENTE, Mariano, *Historia de la revolución hispano-americana*, Madrid, Imprenta de D. León Amarita, 1829.
- VALENZUELA, Jaime, “Los franciscanos de Chillán y la Independencia: avatares de una comunidad monarquista”, en *Historia*, 38: 1, 2005, pp. 113-158.
- WASSERMAN, Fabio, *Entre Clío y la polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008.
- WOLL, Allen, *A functional past. The uses of History in nineteenth-century Chile*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1982.
- ZERMEÑO, Guillermo, “Historia, experiencia y modernidad en Iberoamérica, 1750-1850”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (Director), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Fundación Carolina, 2009, pp. 551-579.

Fecha de recepción: 7 de enero de 2025

Fecha de aceptación: 13 de febrero de 2025

